

2. BORJA ÓRTIZ DE GONDRA

(Bilbao, 1965)

¿Dramaturgo o escritor?

En 2021, cuando llevaba ya unas cuantas obras de teatro publicadas, saqué por primera vez una novela¹ en una editorial grande, que hizo una campaña de lanzamiento nacional potente. En las primeras entrevistas para televisión y radio, me sorprendió que me presentaran como “escritor y dramaturgo”; al principio lo tomaba a broma, pero pronto me tuve que acostumbrar a explicar constantemente qué tipo de escritor es un dramaturgo. Fuera de nuestra pequeña burbuja de gentes del teatro, en el mundo de la cultura en general, nadie sabe a qué se dedica una profesión tan “rara”.

Más allá de la anécdota, esas ocasiones me hicieron reflexionar sobre el lugar que ocupa el teatro en la esfera de la literatura. En los meses siguientes, escudriñé con lupa en suplementos culturales de diversos periódicos las listas de los “mejores libros para el verano” y los “mejores libros del año”, que aparecían divididos por géneros: cabía de todo (¡autoayuda! ¡ciencia! ¡deportes!), pero ay, no teatro.

Ítem más: en las librerías más importantes de nuestro país, la sección de teatro es exigua, a menudo arrinconada y en ocasiones incluso inexistente. Las editoriales teatrales (que las hay, y muy buenas) apenas se permiten soñar con la colocación en la mesa de novedades.

Lo que trato de decir es que los dramaturgos tenemos escasa visibilidad en nuestra condición de escritores y por ende, en el espacio real y simbólico que ocupa la literatura en la sociedad. Quizás haya sido culpa nuestra; aun a riesgo de resultar excesivamente esquemático, me arriesgaré a aventurar una posible explicación histórica. Ante el retroceso que había sufrido desde los años sesenta el texto en los escenarios (dominados por *happenings*, creaciones colectivas y la dictadura del director de escena), adoptamos como estrategia de supervivencia alejarnos de lo que remitiera a “literatura” y defendimos nuestra presencia en los espectáculos argumentando que practicábamos una escritura híbrida, que atendía tanto al hecho escénico como a la palabra escrita. Ningún autor dramático que pretendiera estrenar deseaba ser considerado “escritor”, algo que se asociaba a una idea del texto teatral ya caduca. Quisimos poner de relieve la especificidad de nuestro trabajo anfibio, que tiene un pie en el gabinete y otro en el escenario. Pero tal vez, perdimos por el camino el lugar que nos correspondía en el ecosistema literario. Y posiblemente haya llegado el momento de que el péndulo comience a inclinarse hacia el otro extremo: reivindicarnos como escritores a fin de ocupar en el imaginario del público (y de los lectores) el lugar simbólico que nos corresponde, y que visibilizaría mucho más lo que hacemos.

En mi caso, esta reivindicación es una cruzada personal: insisto en presentarme siempre como “escritor de teatro y novela” o como “dramaturgo y novelista”. Porque independientemente del medio en que plasmemos nuestras creaciones, el trabajo que hacemos es contar historias escribiendo palabras; es decir, literatura: ese lugar donde nuestra labor callada puede ser vista, analizada, interpretada y valorada.

¹ *Nunca serás un verdadero Gondra*, Literatura Random House, Madrid, 2021.